

—¿Y delante de mucha gente?  
—Ya debe saberlo toda la ciudad.  
—Pues sepan lo que quieran no me voy.  
—Te pondrán á buen recaudo.  
—Hagan lo que quieran.  
—¿No te asusta una prision?  
—No me asusta nada.  
—A tí, Filippo, á tí, necesitado del aire, de la luz, del movimiento, de la libertad.

—¿Qué quieres? Cuando se llega á mi desesperacion, no se teme á la muerte.

Mientras Serafin y Filippo sostenian este diálogo, Lucrecia, por apartarse á las miradas de Guido, que le llegaban hasta lo más profundo del alma, entró en el locutorio donde la aguardaba Berta. Conmovida la pobre jóven por tantas emociones como la habian sucedido en aquella hora suprema, dejóse caer sobre el sillón de baqueta, y cubriéndose el rostro con ambas manos, se echó á llorar bien amargamente, sollozando con desgarradores sollozos. La buena monja, que viera moverse los personajes de aque la escena, accionar, gesticular, pero que no distinguia sus respectivas frases, encerrada en la celosa jaula, recogió en sus brazos á la cuitada, más por impulso de curiosidad, que por impulso de compasion ó de otro afecto.

—¿Qué manera de pintar es esa? decia. En mi vida he visto caso semejante. Segun os moviais, diríase que estábais en el teatro y no en el convento. ¡Jesús! ¡Qué fraile pintor nos ha venido! Ya me lo habian dicho las gèntes industriadas en las cosas de este mundo; ya me habian dicho que no dejaba hueso sano á ningun rival, que no perdona asechanza para vencer á todas las mujeres. De tal manera te miraba que temia verle avalanzarse á tí como el tigre á su presa, y devorarte. Estuve tentada de tocar á rebato, en mas de dos coyunturas. Ya tenia la campana en la mano, cuando ví entrar á Guido, y me aquieté porque no estábais solos. No llores, hija mia, no llores, que la Virgen desde el cielo, y yo desde la celosia, te hemos preservado de todo mal, y ya estás libre de las garras del fraile. Pero ¿á qué habrá venido tu desilusionado novio, el bueno de Montaperto? No tiene conformidad ninguna con la suerte que Dios le ha deparado. Miren qué empeño en perseguirte. Ya le dijiste cuanto habias de decirle, pues no tienes pelos en la lengua. Y debió oirlo y callarse como Dios manda, Y dejarte de su mano, como le habias dejado de la tuya. Pues no se descuelga con mala embajada. Que te prestes á retratarte para que sus ojos se gocen extáticos en la contemplacion de tu imágen. Ya le dije á la madre Abadesa, que en paz y gracia de Dios te dejaran. Mas la Madre Abadesa es de esas señoras á quienes todo le parece poco, tratándose de su Convento. Con tal

de meter aquí cuanto existe, meteria si la apuraban el diablo. Y se comprometió á obtener tu retrato, que ya le dije no podria nunca conseguir. Vamos, confórtate, y no seas tonta. Pelillos á la mar. Ríete de tanto moscardon y abeja, y avispa como vienen á libar tu miel. Si en ese pellejo se encontrara la hija de mi madre ya habian de llorar lágrimas de sangre los que te hacen llorar á tí de esa suerte. El mundo abismo es de que debemos huir á toda carrera, y estudiar con toda profundidad. Si hubiera sabido por los rumores de lo que llaman chismorroteo como las gastaba Filippo, no te atraparan, no, para modelo. Y no habia sino aplicar el oido para oír el rumor. Vamos, ámate, y deja esos gimoteos á un lado: que nada han podido los milanos contra la cándida paloma.

—Berta.

Exclamó Lucrecia suspirando.

—¿Qué quieres, hija mia?

Dijo Berta.

—Que llamen al Padre Serafin.

—¿Para qué?

—Para que baje á la iglesia y me espere, pues necesito confesarme con él.

—¡Hum!

Dijo entre dientes Berta al oír este propósito de Lucrecia.

—¿Qué decís?

—Digo.....

—Qué.

—Que no digo nada.

—¿Pero hay algun obstáculo á cosa tan práctica y sencilla como confesarme con Serafin?

—Extrañarás naturalmente mis reservas.

—¿Pues no habia de extrañarlas? Tales emboscadas guarda el mundo que no osamos ni dar siquiera un paso.

—Luego me llaman chismosa.

—Hablad: que escucho atentamente.

—He notado una cosa gravisima.

—Qué?

—Que al Padre Serafin repugna siempre lo mismo decir misa que asistir al confesonario.

—¿Por qué causa?

—Averígüelo, Vargas.

—Nada teneis que decir del Padre Serafin.

—Ni yo ni nadie.

—Seguramente.

—Si algun hombre puede ostentar la santidad en este mundo es él.

—Tal creó.

—No hay pobre á quien no socorra, enfermo á quien no asista; desvalido á quien no provea, ni desgraciado á quien no consuele, siendo la caridad el primero y más vivo de todos sus sentimientos.

—Entonces.....

—¿Qué sé yo? No acierto con lo que en materias religiosas le sucede.

—¿Y qué ha de sucederle? Buena es la Inquisicion para dejar pasar la menor herejía á nadie y ménos á un fraile franciscano.

—Lo mismo digo yo.

—Por consiguiente, si el holocausto mas acepto á Dios es un corazon virtuoso, y Serafin lo tiene, á Serafin me atengo y deseo en mis tribulaciones descargar el corazon apenado mio sobre su corazon y confiarle todos mis dolores, para que sus oraciones me abran los caminos de la gloria y sus consejos me preserven de las asechanzas de la tierra.

—Pues llamémoslo en buenhora.

—Decidle que me aguarde abajo, en la iglesia, hácia el primer confesionario de la derecha.

Y apoyada en el brazo de Berta dirigióse Lucrecia á su celda. Aguardábala á la puerta; pero inquieta, muy inquieta, Brígida en persona.

—¿Qué pálida!

—Me he puesto enferma.

—Mi hija, mi estrella no puede servir para ese bajo oficio de modelo, impropio de su rango.....

—No digas tonterías; lo que por gracia se hace, no constituye oficio.

—Ahí la tienes, Brígida, cuidala mucho, que la cercan y la amenazan bandadas de milanos.

Dijo Berta.

—No teneis que decírmelo. Ya lo había adivinado. Aquel frailuco me traía á mal traer. No queria retratarla sino comérsela. No se ha hecho la miel para la boca del asno.

—Déjate de simplezas y vamos adentro.

Le dijo Lucrecia.

—Cúmplase esa imperiosa voluntad.

Respondió Brígida.

Y Berta tomó el camino de su celda, dejando á Lucrecia con Brígida.

En cuanto la dueña quintañona y la jóven florentina se vieron solas, pidió ésta que la descinera de todos aquellos atavíos y la vistiese su sencillo traje de estameña blanca. Y en cuanto se había ceñido el traje, y echádose un velo sobre la cabeza, rogó que la dejara sola. Y apenas la había dejado, arrojóse á los piés de una Virgen de Fra Angélico que, rodeada de Serafines y vestida de vivos colores, se destaca con sereno misticismo de aquel fondo áureo de sus cuadros, parecido á éther condensado. En cuanto fijó

sus ojos turbadísimos en los serenos de la Virgen Madre, creyóse reconvenida por una severa mirada, distinta de la dulce y amorosa que antes le sonreía. Y á esta reconcion ideada por sus remordimientos, un rio de lágrimas corria por sus mejillas y suspiros de dolor intensísimo se escapaban de su pecho.

—Virgen Madre María, dijo, quisiste que mi alma fuera un matiz de tus cielos y yo me compuse de suerte que ha sido una sombra de los abismos. Depositaste en mi pecho vivo instinto que pedía la union de la virtud con el amor; y loca de mí he tenido á empeño divorciarlos. Un amor sacriégo abrasa mi sangre y calcina mis carnes. Un fraile, unido por votos irrevocables con la Iglesia, se ha llevado este corazon que los primeros jóvenes de Florencia no pudieron nunca llevarse. Deten el brazo de tu Divino Hijo para que no pueda confundirme cuando me oiga decir que amo al que no puedo lograr, y que le amo ¡ay! con toda mi alma. Si me dejara llevar del ardor de mi sangre, del ímpetu de mis instintos, del llamamiento de mis deseos, ahora mismo daría por unas horas pasadas en sus brazos toda la eternidad. Conozco, Virgen Santa, que debería abrirse este suelo y tragarme, para no soportar un sér tan miserable y pecaminoso como yo; lo conozco y lo confieso. Por eso vengo de rodillas á tí, en busca de auxilio. Por eso me acojo á tu manto, providencia de los desamparados, para que llegue á liberarme de este naufragio. Yo pelearé cuanto pueda por no tropezar ni caer. Mis ojos de carne siguen al hombre á quien amo con la misma fatalidad que sigue al sol el girasol; pero mi conciencia se levanta aun sobre todas estas perturbaciones, diciéndome dónde está el mal, y mi voluntad se siente con fuerza bastante, no solo á combatir, sino tambien á vencer. Madre mia, ayúdame en mi tribulacion. La mirada le sigue, los labios le invocan, el corazon le ama, el deseo vuela en torno de la llama de aquellos ojos con verdadera ansia de abrasarse, pero la voluntad aun se tiende hácia tí para gritarte: sálvame por piedad, sálvame, María.

Aun no hubo terminado esta oracion, cuando sonaron ciertos golpecitos á la puerta de la celda, para anunciar que Serafin aguardaba en la Iglesia. Enjugó, pues, Lucrecia los ojos, reprimió los suspiros; y á la Iglesia se dirigió inmediatamente con ánimo de confesar sus culpas y pedir la absolucion necesaria. La tarde comenzaba á declinar. Por las ventanas de Poniente veíanse reverberar esos rayos del sol en su ocaso, que, á pesar de enrojecidos y arrebolados, llevan consigo mortal tristeza. Por el pié de las pilastras, por las losas del pavimento, por las peanas de los altares, ya se extendían y se espesaban las sombras de la noche, mientras por las altas ventanas, resplandecía el sol con reverberaciones y reflejos de incendios. Un místico creyera ver dos mundos sobrenaturales compenetrándose y uniéndose por

medio de sus fantásticos límites, mucho más, si á los reflejos de aquella mezcla extraña de luz y sombras viera los ángeles aumentados por el crepúsculo, y los santos mal envueltos en las tinieblas, y los bronces áureos brillando como con toques de fuego entre la oscuridad, y los signos místicos realzados por el tono del ocaso y por los centelleos de las lámparas. Lucrecia andaba con el pensamiento absorto en su amor, y la voluntad empeñada en combatir al pensamiento. Cuando entraba por la puerta del claustro sumido en la oscuridad, los murciélagos levantábanse en tropel anunciando la noche, y los ojos de un buho relumbraban en las tinieblas como si fueran pavesas de fuegos fátuos, ó rayos fosfóricos que despedían los huecos ojos de las funerarias estatuas en nefastas miradas. Al punto de arrodillarse en el confesonario, una calavera, cayó de alta repisa y rodó á sus piés, resonando con siniestra resonancia en el vacío hueco de las tumbas. Todos estos accidentes, unidos á las tristezas interiores de su pecho, helaron el alma, y la condujeron yerta, como si estuviera en el último trance ó en la última agonía, al pié de su confesor.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Dijo Lucrecia santiguándose.

—Alabado sea el Padre, alabado sea el Hijo, alabado sea el Espíritu Santo.

Respondió Serafin á la fórmula mística de Lucrecia.

—Para siempre sean alabados.

Repuso la penitente.

—¿Qué pides?

—Pido confesion.

—Tu culpa tenia tal magnitud, que no podías aguardar á mañana para confesarla.

—Tal magnitud, que si no descargo esta tarde mi conciencia, y no pido su perdon á Dios, creo que me muero en esta misma noche, y muriendo en pecado mortal, creo que me pierdo y me condeno para siempre.

—Hija mia, puesto que crees en que una criatura mortal como yo, puede dispensar la divina misericordia, habla y busca en tus propias creencias el descanso y la tranquilidad que necesitas.

—Padre, Padre mio.

Y Lucrecia no pudo decir más que estas palabras, ahogada terriblemente por el resuello de su pecho despedazado casi al estallido de los sollozos.

—Llora, hija mia, llora cuanto quieras. El llanto ablanda la estéril acerbidad de nuestras penas. Dios lo concede á los suyos, porque ese y no otro, es el océano á través de cuyas ondas hay que llegar hasta el celeste puerto.

—Muchas penas he sufrido; ninguna tan intensa como el dolor que ahora siento. Y su intensidad depende de que nunca he perdido como ahora lo que constituye la primera entre las felicidades posibles en esta vida, la propia estimacion.

—No lo creas, hija mia, no lo creas. Si fueras tan desgraciada, si perdido hubieras la estima de tí misma, comenzaras por perder la luz más viva y más necesaria, la luz de la conciencia. Cuando en la deshecha tempestad que corres, todavía la conservas, sin duda alguna es porque no has caido en el profundo infierno que imaginas. Dentro de nosotros mismos, cuando se empeñan combates formidables entre nuestra conciencia y nuestros instintos, hay muchas fuerzas, muchísimas en el bien para prevalecer y triunfar, hay mucho calor en la conciencia para desvanecer las nubes que puedan oscurecerla. Si el naufragio es tan desesperado; si terrible ola de hiel pasa sobre tu cabeza; si te crees cercana á perderte, llama á Dios, pues el que oye hasta el rumor de los insectos perdidos en el polvo, escuchará tu queja y acudirá amoroso á tu llamamiento. Muchas veces tropezamos y caemos, porque sintiéndonos huérfanos, sentimos tambien que nuestra suerte será indiferente allá en las alturas donde se escriben con signos de estrellas los humanos destinos. Hija mia, no estás, no, huérfana; te asiste la Providencia de los mundos, el Padre de las almas.

—Oidme, oidme, Padre mio. Apasionada por mi natural, creí que la pasion de las pasiones daba la dicha en el mundo; y nacida en una familia honrada y honrosa, creí que á la pasion debía unirse estrechamente el honor. Amar y ser amada, tal me parecía el secreto de la felicidad en esta vida; amar y ser amada de suerte que no bajásemos avergonzados la cara ante las gentes y no tuviéramos que arrepentirnos confusos y doloridos ante Dios. Del seno de mi alma, con ideas de la conciencia, con sentimientos del corazón, con ilusiones de la fantasía compuse un sér ideal, una especie de ángel custodio, que viviendo en mí, conmigo iba á todas partes; cuyas alas más etéreas que la idea, formaban como un velo sobre mi frente; cuyos ojos, más vívidos que la luz, me guiaban por los senderos á la tierra; cuyos labios, más armoniosos que las auras, cantaban una melodía celeste en mis oídos; y cuya imaginacion, más fecunda que la naturaleza, trazaba en los horizontes de mi vida deslumbradores celajes poblados de santas y consoladoras esperanzas. Para mí el vivir consistia en hallar el sér con quien soñaba continuamente mi alma. Para mí el hombre á quien amase, debía corresponder con el ideal que acariciaba. Se presentó á pedir mi mano un caballero cumplido, un noble digno de su ascendencia, un potentado lleno de riquezas que podia darme todos cuantos bienes anhelar puede la mujer, menos el amor, y lo rechacé; primero, porque deseaba amar, y despues porque no correspondia al ideal de mis ensueños. Así es que la imaginacion preferia una especie de

fantasma misterioso, el cual rondaba mi calle y se relacionaba ó correspondía con el sér fantástico engendrado por mi pensamiento. Y horrorícese, Padre mio, de mi culpa. Sabed quien correspondió al ideal en mi corazón. Sabed de quien estoy enamorada. No me atrevo á decírmelo á mí misma, cuanto más á confesarlo á mi confesor. El ángel de mis ensueños fué en la realidad un demonio de los infiernos. Me enamoré, me enamoré perdidamente del más extraviado de los artistas, del más diabólico de los hombres, del más voluptuoso de los frailes, me enamoré perdidamente de Filippo Lippi. El ideal de amor y de poesía se desvaneció, y lo substituyó ese hombre que me inspira una pasión demente. Cuando le veo, caería en sus brazos rendida, si no me contuviese y no me agarrase como del cabello la fuerza de mi conciencia. Cuando está ausente, mi idea le fija y le dibuja á mi lado como si fuera realmente sombra misma de mi sér. No le he entregado mi cuerpo, como le he entregado mi alma, porque Dios me ha sostenido y me ha ayudado en esta terrible porfía. Mi inteligencia se ha fijado en él, mi deseo le ha seguido á todas partes, pero la voluntad, más firme y más señora de sí misma, ha logrado apartarme de su lado y conservar mi virtud. A pesar de esto, no me hallo satisfecha de mí misma. El pensamiento peca, y vengo á confesarme que ha pecado el pensamiento. El deseo falta, y vengo á decir que mi deseo sigue con anhelo á ese hombre. La voluntad se mueve, aunque no se mueva el pié. Para defenderme y salvarme, no me queda otro remedio sino recluirme en el claustro y aceptar los votos religiosos como un suicidio, y el velo de las vírgenes del Señor, como un sudario. Padre mio, aconsejadme y sostenedme en este combate, en el terrible y porfiado que empeño conmigo misma. Aconsejadme y sostenedme por compasión, por caridad, por amor de Dios.

—Lucrecia, te he oído hasta el fin con dolor creciente en el corazón y con tristeza infinita en el alma. El ángel de la luz, Lucifer, que brotara en el éter immaculado, que asistiera á la creación divina, que escuchara la cándida plegaria de las cosas recién creadas, no se acordaría en los infiernos de los primeros soles aparecidos en los espacios, de las primeras armonías producidas por los mundos sobre sus ejes, de la primera luz que volaba por lo infinito, como debías acordarte tú de la antigua virtud y de la immaculada inocencia de tu alma. Has caído con el deseo, con el pensamiento, con la fantasía, pero no has caído con la voluntad. La idea, independiente de tu albedrío, se ha viciado. Pero no ha viciado el albedrío mismo. Ruégale, pues, á Dios que te aparte esa idea de la mente; y sigue y persevera en tu voluntad de ser casta y pura, como la luz de los cielos que pasa por el barro y no se mancha. Sepárate para siempre de Filippo y no vuelvas á verlo, porque, quitando la ocasión, también quitarás el pecado. Mas no vayas á enterrarte perpétuamente en el claustro. Yo te he oído como un amigo á una amiga;

y no como un confesor á una penitente. En presencia de Dios, en este momento de expansión, debo decirte que mi religión, teniendo en su fondo la tuya, no es tu propia religión. Mira, el hielo que en los altos Apeninos blanquea, el arroyo que del hielo fluye, la niebla que del arroyo se evapora, son agua en esencia, y no son sin embargo una sola y misma cosa. Para mí la religión ha debido tener estos mismos tres modos de ser. En el Sinaí ha sido la religión del sér absoluto, en el Calvario la religión del amor divino, en el Paracleto será la religión de la ciencia. La primera religión habló al sér, la segunda al sentimiento, la tercera hablará á la idea. Yo la espero en el seno del Cristianismo como los profetas judíos y las sibilas griegas esperaban el Cristianismo en los senos del templo judío, y entre los coros de los dioses paganos. Entonces, de cada sér brotará una nueva idea, como de cada larva dormida en el invierno brota en la primavera una mariposa. Entonces el brillo intenso de las ideas engendrará calor más intenso todavía de vida. Entonces la creación compondrá una nueva epopeya en la inmensidad, hasta que, perfeccionándose de siglo en siglo, se disipe como una nube de incienso en el seno de Dios. He ahí mis ideas que debo ocultar avaro á los ojos de los mortales porque son un crimen. Hé ahí mi suerte muy parecida á la tuya. Tú pecas con la idea porque amas interiormente. Yo peco, al revés, con los labios, porque digo un principio, un dogma, un pensamiento que no habitan ni en mi corazón ni en mi conciencia. Has venido á mis piés buscando dos cosas; un consejo y un sacramento. El consejo ya lo tienes; el sacramento no. Mis palabras no pueden decirte ideas que no estén fundadas en mi conciencia. No puedo, pues, absolverte porque no creo en la confesión. Pero, ya que no logras la absolución buscada, lograrás la completa defensa. Ahora mismo voy á decir á la Abadesa que no puedes servir de modelo á Lippi, y voy á decir á Lippi que no te volverá á ver jamás. Hija mia, ruega al cielo para que tu mente recobre su antigua claridad, y para que tu albedrío conserve toda su firmeza. Y te bendecirá el Padre, y te bendecirá el Hijo, y te bendecirá el Espíritu Santo.

Y Serafin se levantó, dejando á Lucrecia sumida en proceloso mar de confusión, pues no esperaba la revelación oída, después de la cual érale imposible acercarse á la comunión, suceso que debía extrañarse mucho en el Convento. Así es que volvió la pobre jóven, apenadísima á su celda, sin el consuelo deseado, y se encerró, no solo por perseverarse de tantas asechanzas, sino también por recogerse en su dolor y en su angustia. Serafin se dirigió á Lippi, y le dijo con imperio que Lucrecia no volvería á ser su modelo; se dirigió á la Priora y le dijo que Lippi no podía pintar más en el Monasterio, noticias que desagradaron altamente á Su Maternidad. El bueno del fraile carmelita estuvo á punto de tirar por las ventanas de la galería al santo fraile franciscano. Pero se reportó por el respeto que le inspiraba